

señanza, convertir á México en una gran Nación, respetable á los ojos de los pueblos cultos y respetada por todos; infundiéndole nuevo vigor y nuevo aliento y nueva vida, y haciendo que el árbol frondoso de la República arraigue para siempre en nuestro suelo, y que crezca, y se desarrolle, y extienda y eleve hasta el cielo sereno y puro de la paz las verdes cimas; haciendo en fin, de la vasta familia mexicana un grupo unido, fuerte, poderoso, rico, próspero, feliz, capaz de marchar en consonancia con los pueblos civilizados del Orbe hácia el cumplimiento de los gloriosos destinos de la humanidad.

PORFIRIO DIAZ.

COMPOSICION poética, pronunciada en el Teatro Juárez por el Sr. Celedonio Junco de la Vega, la tarde del 23 de Diciembre de 1898, con motivo del Certamen Literario que se dió en dicho Teatro en honor del Sr. Presidente de la República.

Cruzaba yo los deliciosos campos de la niñez florida cuando al heróico puerto donde el destino me lanzó á la vida, llegaba, de la pólvora entre el humo y al fragor de los broncees, ese bizarro triunfador. Entonces rasgaba el cielo la segunda aurora de Abril, la aurora misma que nueve años atrás en Puebla dora, con su luz inmortal, la altiva frente de ese soldado cuyo arrojo abisma.

Con mi infantil curiosidad creciente, en aquella alborada, ansié de cerca contemplar la noble figura del guerrero cuya espada, en cien proezas fulguró á la lumbré del sol de las victorias. Mas solo vi la loca muchedumbre, que en la ciudad hervía, aclamar al caudillo que, señalando la radiosa cumbre, en el instante aquel aparecía como la encarnación de la grandeza futura de la patria. Pero luego, cuando dejaba mi ciudad nativa de su ardorosa hueste á la cabeza, para lanzarse á la tenaz campaña, extático le ví; profunda y viva fué mi impresión; extraña mezcla de orgullo y pasmo sacudía mis nervios impaciente. Ese—me dije, loco de entusiasmo—ese es el paladín noble y ardiente, ese el guerrero audaz y vigoroso que á sangre y fuego, con valor que aterra, para sus sienas arrancó el pomposo

lauro del vencedor. Allí se erguía firme y apuesto en su corcel de guerra.

Y lanzóse á la lid ruda y bravía, y se le vió, para su nueva gloria, coronar su heroísmo y su osadía con el triunfo más grande de su historia. Más grande, sí, porque si el héroe un día, indómito y osado, ante invasoras armas puso el pecho, llevando altivo en su pasmosa audacia la Libertad por símbolo sagrado, por fuerza secular lá del Derecho y por alto ideal la Democracia; si orgullosa le vió la patria entera defendiendo el honor de su bandera, más grande fué su gloria cuando trajo este fulgente símbolo: El trabajo. Más grande fué cuando á su pueblo dijo: "Empuña la barreta, y que á tu golpe surja en chispas de oro bajo el peñón la veta. En el abierto surco la semilla arroja, que mañana devolverá la tierra desde el fondo una espiga que ufana sacuda al viento su penacho blondo. En impulsar la máquina potente utiliza la rápida corriente que de la luz al prodigioso beso con los tonos del iris se colora. Fija la doble cinta paralela para que cruce—heraldo del Progreso—la audaz locomotora. Tiende el hilo sutil por donde vuela —ala invisible—el pensamiento humano. Establece el taller, funda la escuela; de la eléctrica luz las claridades

difunde en tus ciudades. En hierro, en piedra, en bronce, levanta la figura portentosa de aquellos que la sangre de sus venas derramaron en lucha pavorosa por darte horas serenas. Deja el arma fatal que solo vierte, en medroso relámpago la muerte. Obediente á mi voz fuiste á la guerra y en ella ví tu arrojo y tu heroísmo. Hoy te brindo la paz; sus altos dones llevarán á tu débil organismo todas las pulsaciones de una fecunda vida. Cerremos á la patria tanta herida. ¡Cuadro desolador el que á los ojos nos ofrece la tierra por la que intenso amor el alma encierra: duelo, miseria, lágrimas, despojos! Pero llegó el instante: siempre serán, después de la borrasca, el cielo más azul, más fulgurante la luz del sol, la atmósfera más pura. ¡Surja ya de su ruina y sus escombros imponente y gallarda la figura de esta patria; que yo sobre mis hombros, —Atlas del siglo que asombró á la historia— la llevaré á lo excelso de la gloria!" Dijo, y el pueblo que sumiso y noble sigue las huellas del viril guerrero cuando al marcial redoble vibra la hoja del invicto acero, también oye su acento de profeta cuando á la lid pacífica le llama. . . . y ahí teneis el vasto panorama que nunca describir soñó el poeta. Fuerte, y erguido en la radiosa cumbre,

contemplad al titán: la edad no abate esa frente que ayer ennegreciera el humo del combate. En la lid y en la paz fué su bandera símbolo del honor; su vida entera una epopeya fulgurante ha sido; y el pueblo que le enzalza conmovido grande le mira cuando airado blande el flamígero rayo en la pelea; pero le vé más grande cuando glorioso triunfador, ondea su lábaro de paz, á cuya sombra, feliz la patria al florecer asombra.

Os ví, señor, cuando surgió esplendente el nuevo sol de vuestra limpia fama, y el alma os vuelve á contemplar sonriente cuando ese sol de ofuscadora llama, en la mitad del amplio firmamento un mar de luz deslumbrador derrama.

¿Quién vuestra obra colosal no admira? ¿Quién hasta voz no eleva el pensamiento? ¿Qué palabra, qué lira no vibran para vos con el acento que en lo grande del mérito se inspira? Por ley fatal, indestructible, el paso dirigis, como todos, á la muerte: el sol de vuestra vida tendrá ocaso; que en sombra y polvo el hombre se convierte.

Pero ese limpio foco soberano que vuestras glorias ínclitas pregona, y que fulgura en la gigante zona de nuestro hermoso cielo americano, allí, donde hoy está, perennemente, sin temer del futuro los severos juicios, irradiará con luz potente, como alto orgullo de la edad presente y asombro de los siglos venideros.

A MONTERREY.

Mi corazón estalla y se estremece De febril entusiasmo y alegría, Y el ángel de la Gloria se aparece Bañado en luz ante la vista mía! La ardiente fantasía Sus alas brillantísimas despliega; Vuela hácia el sol y hasta su disco llega! Mágico ardor mi pensamiento inspira, Y porque el arpa sonora vibre, El aire busca de los campos libre Y ávido el pecho de placer respira! ¡Oh hermosa Monterrey, perla del Norte, Cómo tu gala y esplendor hechiza! ¡Cómo acuden las gentes á millares Para quemar incienso en los altares De la gentil y bella fronteriza! Vienen á mí rumores de talleres, Ecos de rizas, canto de mujeres, Por todas parte la ventura avanza,

Para llenar las almas de esperanza Y mostrarte á los mundos como eres! Llegó al fin para tí la bienandanza Que el porvenir te trajo, Después de la faena Y de las rudas horas del trabajo! Tu atmósfera serena Deja mirar el cielo transparente, Y el aura mansa de perfumes llena Se aduerme sosegada en la corriente. ¡Es la hora misteriosa! Lo mismo que una hermosa Cuando temblando aguarda Al amado feliz, tu te engalanas. No tiembles, ya no tarda, El es la Patria, y con su amor te engrías, Y de placer inmenso te sonrías Como sonrías el sol de tus mañanas! Vas á abrirle tu seno,